

No parecen hombres, sino figuras hechas de bruma viviente; diríase que habitualmente forman un mismo grupo y una misma masa con las tinieblas, que no se distinguen de ellas, que no tienen otra alma que la sombra y que sólo momentáneamente, y para vivir durante algunos minutos una vida monstruosa, se han desagregado ó destacado ellos de la noche.

¿Qué es lo que se necesita para hacer que se desvanezcan y se disipen esas larvas? luz. Raudales y torrentes de luz. Ni un solo murciélago resiste á los resplandores del alba. Iluminad la sociedad en las regiones inferiores.

## LIBRO OCTAVO

### EL POBRE MALVADO

#### I

BUSCANDO Á UNA JÓVEN CON GORRO, MARIUS ENCUENTRA Á UN  
HOMBRE CON GORRA

Pasó el verano, despues el otoño; y por último, llegó el invierno. Ni el señor Leblanc ni la jovencita habian vuelto á poner los piés en el Luxemburgo. Marius no tenía ya sino un solo pensamiento, volver á ver aquel delicioso y adorable rostro. Buscaba sin cesar, buscaba por todas partes; pero sin encontrar la menor huella. Ya no era Marius aquel soñador entusiasta, el jóven resuelto, ardiente y firme, el atrevido provocador del destino, el cerebro que construía un porvenir sobre otro porvenir,

aquel espíritu juvenil forjando siempre planes, proyectos, grandezas, ideas y voluntades; era un perro perdido. Cayó sumergido y abismado en negra tristeza. Era asunto terminado. El trabajo le repugnaba, el paseo le cansaba, la soledad le fastidaba; la vasta naturaleza, tan rica en otro tiempo para él de formas variadas y armoniosas, de claridades, de esplendores, de voces, de consejos, de perspectivas, de horizontes, de enseñanzas, se hallaba ahora ya vacía ante sus ojos. Parecíale que todo había desaparecido.

Pensaba él siempre y meditaba, pues no podía ménos de hacerlo; pero ya no encontraba aquel deleite hermoso, aquella sana y deliciosa fruición con que ántes se extasiaba en sus pensamientos, y á todo cuanto ellos le proponían sin cesar en voz baja, respondía él en la sombra: ¿Y para qué?

Hacíase mil reconvenciones. ¿Por qué la seguiría yo? ¡Era tan dichoso, solamente de verla! Ella me miraba; ¿por ventura no era esto ya una cosa inmensa? Daba muestras de que me amaba. ¿Es que esto no era ya todo cuanto pudiera yo desear? ¿Qué es, pues, lo que he querido tener? Después de esto, ya no hay nada. He sido absurdo. Yo me tengo la culpa, etc., etc. Courfeyrac, á quien él nada confiaba, — que tal era su naturaleza, — pero quien lo adivinaba todo, — que tal era su naturaleza también — había comenzado por felicitarle de estar enamorado, lo que por otra parte le sorprendía tanto que le dejaba absorto; y después, al ver que Marius cayó en esta melancolía, concluyó al fin por decirle: — Me convenzo de que tú has sido buenamente un animal. Anda y vente á la Chaumière.

Un día, inspirado por la confianza de un hermoso sol de Setiembre, Marius se dejó conducir al baile de Sceaux por Courfeyrac, Bossuet y Grantaire, ando, ¡qué

delirio! que tal vez la hallaría allí. Excusado es decir que no vió en aquel sitio á la jóven á quien buscaba. — Aquí, sin embargo, es donde se encuentran todas las mujeres perdidas, refunfuñaba aparte Grantaire. Marius dejó á sus amigos en el baile, y se volvió á París, á pié, solo, aburrido, calenturiento, con la vista turbada y triste, sumergido el espíritu en las tinieblas de una noche profunda, aturdido y pasmado con el confuso ruido y con el polvo que hacían las numerosas y alegres tartanas repletas de séres cantantes que se volvían de la fiesta y pasaban junto á él, desanimado, aspirando para refrescarse la cabeza el olor acre de las nogueras del camino.

Y se entregó de nuevo á su vida retirada, cada vez más solitario, extraviado, agobiado, entregado todo él á su angustia interior, yendo y viniendo aprisionado siempre en su dolor como el lobo en la trampa, buscando á la ausente por todas partes, entorpecido y como embrutecido de amor.

En otra ocasión, habia hecho un encuentro que le produjo un singular efecto. Habia visto atravesar, por una de las callecitas laterales del boulevard de los Inválidos, á un hombre vestido como un obrero que llevaba puesta una gorra de ancha visera, la cual dejaba pasar unas mechadas de pelo muy cano. Chocó mucho á Marius la belleza de aquella cabellera blanca, y se quedó considerando á aquel hombre, el cual iba andando muy despacio y como absorbido en una meditacion profunda y dolorosa. Cosa extraña, le pareció reconocer en él al señor Leblanc. Eran sus mismas canas venerables y pulcras, su mismo perfil, en cuanto la gorra permitía verle, su mismo porte, su mismo paso, sólo que ahora iba más triste. ¿Pero por qué llevaba aquel traje de obrero? ¿qué quería decir esto? ¿qué significaba aquel disfraz? Marius quedó muy sorprendido. Cuando se repuso de su sor-

presa, su primer movimiento fué ponerse á seguir á aquel hombre; ¿quién sabe si no se hallaba él ya en la senda que buscaba con tanto afán? en todo caso, era preciso volver á ver al hombre de cerca y esclarecer el enigma. Pero le avino esta idea demasiado tarde; el hombre ya no estaba allí. Había tomado alguna callejuela lateral, y Marius no pudo dar con él. Este encuentro le preocupó durante algunos dias, al cabo de los cuales se borró al fin de su memoria. — Sobre todo, dijo para sí, probablemente no hay en esto más que una grande semejanza.

## II

## HALLAZGO

Marius no habia dejado de habitar la casucha Gorgeau, donde jamas reparaba él ni fijaba su atencion en nadie.

Por lo demas, en esta época no habia ya en aquella casa otros habitantes que él y aquellos Jondrette cuyo alquiler habia él pagado una vez, sin que nunca hubiese hablado ni al padre, ni á la madre, ni á las hijas. Los demas inquilinos se habian mudado, ó habian muerto, ó habian sido expulsados porque no pagaban sus alquileres.

Un dia de aquel invierno, habíase mostrado un poco el sol por la tarde, pero era el 2 de Febrero, ese antiguo dia de la Candelaria cuyo sol traidor, présago de un frio de seis semanas, ha inspirado á Mathieu Laensberg este refran que ha venido á ser justamente clásico :

Ora brille el sol, ó bien alumbre solamente con pálidos reflejos, el oso se refugia en su cueva.

Marius acababa de salir de la suya, á la hora de ponerse el sol. Era el momento de ir á comer; pues al fin y al cabo habia sido preciso volver á sentarse á la mesa á las horas de comer! ¡oh enfermedades de las pasiones ideales!

Acababa de cruzar el umbral de su puerta que la señá Bougon estaba barriendo en aquel mismo instante recitando entre dientes este memorable monólogo:

— ¿Qué es lo que hoy está barato? todo está caro. Lo único que hay barato hoy son los trabajos y las penas de las gentes; esto es lo que nos lo dan de balde, las penas del pobre, ¡válganos Dios!

Marius subia muy despacio el boulevard hácia la barrera, á fin de llegar á la calle de Saint-Jacques. Iba andando pensativo, y con la cabeza baja.

De improviso sintió que alguien le codeaba en las oscuridad; volvió la vista, y distinguió á dos muchachitas cubiertas de harapos, una alta y delgada, la otra más baja, las cuales pasaban rápidamente, azoradas, asustadas, y con todas las trazas de ir huyendo; venian en la misma direccion que él, y no habiéndole visto, habian tropezado en él al pasar. Marius distinguía en el crepúsculo sus semblantes lívidos, sus cabezas despeinadas, sus cabelleras esparcidas, sus horribles papalinas, sus faldas andrajosas y sus piés descalzos. Sin dejar de correr, iban ellas hablando entresi. La mayor decia en voz muy baja:

— Las arpiás corrian tras de nosotras. Por poco me pescan á mí y me encajan en la trena.

Y la otra constestaba: — Yo los guipé en seguida, ¡pero me las guillé, me las guillé, me las guillé!

Marius comprendió, al traves de este caló siniestro, que los gendarmes ó los agentes de policia habian estado á punto de capturar á aquellas dos criaturas, y que ellas habian logrado escapar.

Eclipsáronse las dos entre los árboles del boulevard, detras de él, formando durante algunos momentos en la oscuridad una especie de blancura vaga, que se dispó al fin.

Marius se habia detenido un momento.

Iba ya á continuar su camino, cuando distinguió en el suelo, junto á sus piés, un paquetito pardusco. Se bajó y le recogió. Era una especie de carpeta, que parecia contener papeles:

— Bueno, dijo, ¡esas desdichadas habrán dejado caer esto!

Tornó á desandar sus pasos, llamó, pero no volvió á encontrarlas: juzgó desde luégo que estarian ya léjos de allí, se metió el paquete en el bolsillo y se fué á comer.

En el camino, vió en una avenida de la calle Moutetard el féretro de una criatura cubierto con un paño negro, colocado sobre tres sillas y alumbrado por una sola vela de sebo. Entónces no pudo ménos de recordar las dos muchachas del crepúsculo.

— ¡Pobres madres! dijo para sí. Hay una cosa más triste que el ver morir á sus hijos; el verlos vivir mal.

En seguida le vinieron al pensamiento aquellas sombras que variaban su tristeza, y volvió á sumergirse en sus habituales preocupaciones. Se puso á cavilar, y á pensar en sus seis meses de amor y de ventura al aire libre y á la clara luz del sol bajo los hermosos árboles del Luxemburgo.

— ¡Cuán sombría se ha hecho mi vida! decia para sí. Las jóvenes se me aparecen siempre. Sólo que, en otro tiempo, eran los ángeles; ahora son las gurias.

### III

#### QUADRIFRONS

Al tiempo de desnudarse aquella noche para acostarse, fué átropezar su mano en el bolsillo del frac con el paquete que habia él recogido en el boulevard, y del cual se habia ya olvidado. Pensó que sería útil abrirle, y que aquel paquete contendría tal vez las señas de la morada de aquellas muchachas, si en realidad las pertenecía, ó en todo caso, los indicios necesarios para restituirle á la persona que le habia perdido.

Deshizo la cubierta.

No estaba sellada ni aún cerrada, y contenía cuatro cartas, abiertas también.

Estas cartas tenían puestos sus respectivos sobrescritos.

Todas ellas exhalaban un olor apesoso de tabaco.

La primera carta estaba dirigida : *á la señora marquesa de Grucheray, plaza frente á la cámara de los diputados, n.º...*

Marius dijo para sí que probablemente hallaría allí las indicaciones que él buscaba, y que por lo demás, no estando cerrada la carta, era verosímil que podía leerla sin inconveniente alguno. La leyó, pues

Hallábase concebida en estos términos :

« Señora Marquesa,

« La birtú de la piedad y de clemencia es la que une más  
« estrechamente á la sociedad. Ponga usted en marcha sus  
« sentimientos cristianos, y diriga una mirada de compa-  
« sion hácia este infortunado español víctima de su lealtá  
« y de su adhesion á la causa sagrada de la legitimidá, que  
« él ha pagado con su sangre, consagrado además toda su  
« fortuna, toda, para defender esta causa, y hoy se halla en  
« la mayor miseria. No duda que la honorable persona de  
« la señora Marquesa le concederá un socorro para conser-  
« bar una existencia penosa en extremo para un militar de  
« educacion y de honor lleno de heridas; cuenta anticipa-  
« damente con la humanidá que anima á la señora Mar-  
« ques, y el interés con que mira siempre á una nacion  
« tan desgrasiada. Sus súplica no serán en vanas y sus  
« reconocimiento conservará su encantadora memoria.

« De mis sentimientos respetuosos con los cuales tengo  
« el honor de ser

« Señora,

« DON ALVARÉS,

• Capitan español de Caballería, realista refugiado  
« en Fránsia, que se halla enviajado para su  
« patria y le faltan los recursos para continuar  
« su viaje. »

Ningunañ señas de casa llevaba esta firma al pié. Marius esperó encontrarlas en la segunda carta, cuyo sobrescrito

decía así: á la señora condesa de Montvernet, calle de Cassette, n.º 9. Hé aquí lo que Marius leyó en ella:

« Señora condesa,

« Está es una desgraciada madre de familia de seis  
« niños cuyo el último no tiene más de ocho meses. Yo en-  
« ferma desde mi último parto, abandonada de mi ma-  
« rido hace cinco meses no teniendo ningún recurso en el  
« mundo de la mas horrorrosa indigencia.

« En la esperanza de la de señora condesa, ella tiene  
« el honor de ser, señora, con un profundo respeto,

« La muger BALIZARD. »

Pasó Marius á la tercera carta, que, como las anteriores, era una súplica: léase en ella:

« Señor Pabourgeot,

« Elector, negociante en gorros por mayor, calle  
« Saint-Denis esquina á la calle de Fers.

« Me permito dirigir á usted esta carta, para rogale que  
« me otorge el favor precioso de su simpatías y se tome in-  
« terés á favor de un literato que acaba de enviar un drama  
« al Teatro-Francés. El argumento es histórico, y la acción  
« pasa en Auvernia, en tiempos del imperio: el estilo, á lo  
« que yo creo, es natural, lacónico, y puede tener su cierto  
« mérito. Hay coplas que cantar en cuatro sitios diferentes.  
« Lo cómico, lo sério, lo imprevisto, se mezclan en mi  
« drama con la variedad de los caracteres y con cierto tono  
« de romanticismo ligeramente difundido en toda la intriga  
« que marcha misteriosamente, y va, por medio de sor-  
« prendentes peripetias, á desenlazarse en medio de varias  
« escenas de grande efecto, pero de un efecto maravilloso.

« Mi objeto principal es satisfacer el deseo que anima  
« progresivamente al hombre de nuestro siglo, es decir,  
« la moda, esta caprichosa y antojaisa veleta, que casi  
« cambia á cada nuevo viento.

« Apesar de estas cualidades, tengo mis motivos para temer que la envidia, el egoísmo de los autores privile-  
« guiados, ofienda mi exclusión del teatro, porque no se  
« me oculta los sinsabores que le hacen pasar á los auto-  
« res nuevos.

« Señor Pabourgeot, la justa reputación que usted goza  
« de protector ilustrado de los literatos me animado para  
« enviarle á usted mi hija, la que le espondrá nuestra situa-  
« ción indigente, careciendo de pan y de lumbré en esta  
« estación del invierno. Decirle á usted que le ruego asepté  
« el homenaje que deseo hacerle de mi drama y de todos  
« los demas que aré, es probarle cuánto ambiciono el honor  
« de abrigarme bajo su égida, y de adornar mis escritos  
« con el nombre de usted. Si usted se digna onrrarme con  
« la mas modesta ofrenda, me ocuparé en seguida á hacer  
« una pieza de versos para pagarle mi tributo de reconoci-  
« mientos. Esta pieza, que yo trataré que sea tan perfecta  
« como es posible ser, le será á usted enviada antes de inser-  
« tarla al prensipio del drama y ejecutada en el esenario.

« Al señor

« y á la señora Pabourgeot,

« Mis homenajes más respetuosos,

« GENFLOT,

« Literato.

« P.-S. — Aunque no sean mas que dos francos.

« Dispense usted que envíe mi hija y no me presente yo  
« mismo, pero tristes motivos de traje me impiden de  
« salir; válgame Dios!... »

Abrió Marius al fin la cuarta carta, en cuyo sobre se leía esta direccion : — *Al señor benéfico de la iglesia de Saint-Jacques-du-Haut-Pas*; y contenía las líneas siguientes :

« Hombre benéfico,

« Si usted se digna acompañar á mi hija, verá una calamidad miserable, y yo le enseñare mis certificados.

« Al aspecto de estos escritos, su alma generosa será movida de un sentimiento de sensible benevolencia, pues los verdaderos filósofos esperimentan siempre vivas emociones.

« Conbenga usted, hombre compasivo, que es preciso sufrir la mas cruel necesidad, y que es muy doloroso, para obtener algun alivio, haserle atestiguar por la autoridad, como si uno no fuera libre de sufrir y de morir de inanición entre tanto que se alivia nuestra miseria. Los destinos son bien fatales para algunos y demasiado pródigo ó demasiado protector para otros.

« Espero vuestra presencia ó vuestra ofrenda, si vos dignais haserla y le ruego á usted que tenga abien aseptar los sentimientos respetuosos con los que me onro de ser

« Hombre verdaderamente magnánimo

« su muy humilde

« y muy obediente servidor,

« P. FABANTOU,  
« Artista dramático. »

Despues de haber leído estas cuatro cartas, no se hablaba Marius mucho más adelantado que ántes.

En primer lugar, ninguno de los signatarios ponía las señas de su morada.

Ademas, ellas daban á entender que provenían de cua-

tro individuos diferentes, don Alvarès, la mujer Balizard, el poeta Genflot y el artista dramático Fabantou; pero estas cartas ofrecían la extraña particularidad de que todas ellas estaban escritas con la misma forma de letra.

¿ Qué concluir de aquí, sino que procedían de la misma persona ?

Por otra parte, — lo que hacía aún más verosímil esta conjetura, — el papel, grueso y amarillento, era el mismo en todas ellas, el olor á tabaco era tambien comun á todas ellas, y por más que se hubiera evidentemente procurado variar el estilo, las mismas faltas de ortografía se reproducían en ellas con una tranquilidad imperturbable, y el literato Genflot no las cometía menores ni estaba más adelantado en el arte de expresarse que el capitán español.

Empeñarse en descifrar este pequeño misterio era una tarea inútil. Si no hubiera sido aquello un hallazgo, tendria todas las trazas de un chasco, de una verdadera mistificación. Marius se hallaba demasiado triste para prestar su atención ni siquiera á una broma del acaso, ó para tomar parte en el juego que parecía ofrecerle el empedrado de la calle. Se le figuraba que aquellas cuatro cartas querían jugar con él á la gallina ciega, y que se burlaban de él.

Por lo demas, nada indicaba que aquel paquete perteneciese á las muchachitas que había encontrado Marius en el boulevard. Y sobre todo, aquellos eran papeluchos que evidentemente no tenían valor ninguno.

Volvió Marius á introducirlos en la carpeta ó sobre general que los encerraba todos, arrojó el paquete á un rincón, y se acostó.

Á eso de las siete de la mañana, acababa él de levantarse y de desayunarse, y trataba ya de ponerse á tra-

bajar, cuando sintió que llamaban suavemente á la puerta de su cuarto.

Como nada podía, jamás solía quitar la llave, excepto alguna vez, muy rara, cuando trabajaba alguna cosa urgente. De ordinario, áun cuando estaba ausente, dejaba la llave puesta en la cerradura. — ¡Qué le robarán á usted! decía la seña Bougon. — ¿Y qué me han de robar? replicaba Marius.

El hecho es sin embargo que un día le habían robado un par de botas viejas, si no con gran placer, á lo ménos, con gran triunfo de la seña Bougon.

Dieron un segundo golpecito, muy débilmente, como el primero.

— Adentro, dijo Marius.

La puerta se abrió.

— ¿Qué es lo que usted quiere, seña Bougon? dijo Marius sin apartar los ojos de los libros y de los manuscritos que tenía sobre la mesa.

Una voz, que no era la de la seña Bougon, respondió:

— Con perdon de usted, señor...

Era una voz sorda, cascada, bronca, rasgada y cavernosa; una voz como de un viejo enronquecido por los excesos del aguardiente y del cognac.

Marius se volvió con presteza á mirar quién era, y vió á una jovencita.

## IV

## UNA ROSA EN LA MISERIA

Una muchachita muy jóven se dejó ver de pié en la puerta del cuarto, que se hallaba entreabierta. El ventanillo ó claraboya de aquel tugurio, por donde empezaba á penetrar la luz del día, estaba precisamente frente á la puerta, y alumbraba aquel rostro con una luz pálida y sombría. Era una criatura livida, macilenta, descarnada; nada más que una camisa y una falda sobre una desnudez helada y temblorosa. El pelo sugeto y recogido con una cuerda, ceñida con otra cuerda la cintura, mostrando los hombros puntiagudos fuera de la camisa, una palidez rubia y linfática, clavículas terrosas, manos encarnadas, boca entreabierta y torcida, dientes de ménos, vista empañada, atrevida y baja, las formas en fin de una chiquilla abortada y la mirada de una vieja corrompida; cincuenta años mezclados con quince años; uno de esos



á su mínima cuanta infima vecindad. Tenía el espíritu en otra parte, y donde está el espíritu, allí está la mirada. Más de una vez había debido él encontrarse y cruzarse con los Jondrette en el corredor y en la escalera; pero tales personas no eran para él sino sombras chinescas que se proyectaban en aquella médua claridad; tan poca atención había puesto él en aquellas gentes, que la noche anterior había tropezado en el boulevard con las hijas de Jondrette sin conocerlas, pues evidentemente eran ellas, y no sin mucho trabajo era como esta que acababa de entrar en su cuarto había despertado en él, en medio del asco, y de la compasión, un vago recuerdo de haberla encontrado en otra parte.

Ahora ya todo lo veía claro. Comprendía que su vecino Jondrette tenía por industria, en su angustiada miseria, la de explotar la caridad de las personas benéficas, cuyas señas de habitación se procuraba él como podía, y que escribía, bajo nombres supuestos, á gentes á quienes él creía ricas y compasivas, cartas que sus hijas llevaban, por su cuenta y riesgo, pues aquel padre había llegado hasta este extremo, de arriesgar á sus hijas; jugando él una partida con el destino y poniéndolas á ellas en el juego. Marius comprendía que probablemente, á juzgar por su fuga de la vispera, por lo sofocadas y sin alientos que venían huyendo, por su terror, y por aquellas palabras de *caló* que las había oído, aquellas desdichadas ejercían también no se sabe qué otra especie de oficios sombríos; resultando de todo esto, en medio de la sociedad humana tal cual está hoy formada, dos seres miserables que no eran ni niñas, ni jovencitas, ni mujeres; especies de monstruos impuros é inocentes producidos por la miseria.

Tristes criaturas sin nombre, sin edad, sin sexo, para las cuales no son ya posibles ni el bien ni el mal, y que,

al salir de la infancia, no poseen ya nada en este mundo, ni la libertad, ni la virtud, ni la responsabilidad. Almas que brotaron ayer, y que hoy ya están marchitas, semejantes á esas flores caídas en medio de la calle y que se ven deslucidas y ajadas por toda especie de lodo y de inmunicia, hasta que pasa sobre ellas una rueda y las aplasta.

Entre tanto, y mientras que Marius fijaba en ella una mirada llena de asombro y de dolor, la jóven iba y venía por el aposento con una audacia de verdadero espectro, moviéndose y agitándose en todas direcciones sin preocuparse de su desnudez. Su camisa, deshecha y rasgada toda ella, se le caía á veces casi hasta la cintura. Removía las sillas, cambiaba de sitio á los objetos de tocador que estaban sobre la cómoda, manoseaba las ropas de Marius, escudriñaba lo que había en los rincones.

— ¡Vaya, dijo, tiene usted un espejo!

Y se ponía á tararear, como si estuviese sola, algunos trozos destrozados de vaudeville y cancionetas alegres que con su voz ronca y gutural hacía ella lúgubres. Bajo esta misma osadía, se vislumbraba un no sé qué de violento, de inquieto y de humillado. El descaro es una especie de vergüenza.

Nada era más triste y desconsolador que el ver aquella miserable criatura entretenerse y como revolotear por aquel cuarto, con movimientos de pájaro asustado por la luz, ó que tiene un ala rota. Veíase que con otras condiciones de educación y de destino, los modales alegres y libres de aquella muchacha indicaban que habría podido hacerse de ella una jóven de afable y encantadora presencia. Jamas entre los animales la criatura nacida para ser una paloma se convierte en osifraga. Esto sólo se ve entre los hombres.

Marius seguía entregado á sus cavilaciones, y la dejaba hacer cuanto quisiera.

Ella se acercó á la mesa.

— ¡ Ah ! dijo, ¡ libros ! ¡ tiene usted libros !

Y una vislumbre atrevesó entónces por sus empañados ojos. Se repuso, con cierto aire de satisfaccion, y su acento expresaba la dicha de vanagloriarse de algo, dicha á la cual nunca es insensible ninguna criatura humana :

— Yo sé leer.

Y se apoderó con viveza del libro que estaba abierto sobre la mesa, en el cual leyó de corrido y sin tropezar :

« ..... El general Bauduin recibió órden de tomar con » los cinco batallones de su brigada el castillo de Hou- » gomont que se halla en medio de la llanura de Water- » loo..... »

Á llegar aquí se interrumpió y dijo :

— ¡ Ah ! ¡ Waterloo ! Yo conozco esto. Es una batalla de tiempos antiguos. Mi padre estuvo en ella. Mi padre ha servido en los ejércitos. ¡ Ande usted, que en casa somos todos muy bonapartistas ! Es contra los ingleses, Waterloo.

Volvió á colocar el libro sobre la mesa, tomó una pluma y exclamó :

— ¡ Tambien sé yo escribir !

Mojó la pluma en el tintero y se dirigió á Marius, diciéndole :

— ¿ Quiere usted verlo ? Mire usted, voy á escribir una palabra para ver.

Y ántes de que él hubiera tenido tiempo de responder, escribió ella en una hoja de papel blanco que habia sobre la mesa : *Las arpias están allí.*

Despues, tiró con la pluma y dijo :

— No hago faltas de ortografia. Puede usted verlo. Hemos recibido educacion mi hermana y yo. No siempre

hemos estado como estamos ahora. No estábamos acostumbradas.....

Aquí se detuvo, fijó su apagada pupila en Marius, y soltó una carcajada diciendo con cierta inflexion de voz que expresaba todas las angustias ahogadas por todos los cinismos :

— ¡ Vaya !

Y se puso á cantar entre dientes pero coa alegre entonacion la siguiente letrilla :

Padre, tengo hambre.  
No hay guisado.  
Madre, tengo frio.  
No hay abrigo.  
¡ Tirita,  
Lolotte !  
¡ Solloza,  
Jacquot !

Apénas hubo concluido esta copla, exclamó de improviso:

— ¿ Va usted algunas veces al teatro, señor Marius ? Yo sí voy. Tengo un hermanito que es amigo de los artistas y que me suele dar billetes de vez en cuando. ¡ Ah ! pero lo que á mí no me gusta es ir á las banquetas de galería. Allí se está muy estrecho, son muy incómodos aquellos asientos, se está muy mal : y á veces hay gentuza, que hasta echa tambien mal olor.

Y en seguida se puso á considerar á Marius, hizo un gesto y un ademan extraño, y le dijo :

— ¿ Sabe usted, señor Marius, que es usted un jóven muy guapo ?

Y al mismo tiempo les ocurrió á ambos el mismo pensamiento, que la hizo sonreír á ella, y le sacó á él los colores á la cara.

Se acercó á él, y le puso una mano sobre el hombro :

— Usted no hace ningun caso de mí, pero yo le co-

nozco á usted, señor Marius. Le suelo encontrar en la escalera, y tambien lo veo algunas veces entrar en casa de uno que se llama el tio Mabeuf, que vive por el lado de Austerlitz, cuando voy paseando por aquel sitio. El pelo así desmelenado le va á usted muy bien.

Procuraba ella modular su voz haciéndola más suave y más dulce, sin que consiguiera otra cosa que hacerla muy baja. Una parte de las palabras que queria pronunciar se perdía en el trayecto de la laringe á los labios, como sucede en un teclado en que faltan notas.

Marius se habia apartado de ella lentamente y como sin designio marcado.

— Joven, la dijo con su fria gravedad, ahí tengo un paquete que, segun creo, es de usted. Permítame que se le entregue.

Y la entregó, en efecto, la carpeta que encerraba las cuatro cartas.

Dió ella con sus manos una fuerte palmada, y gritó

— ¡ Lo hemos buscado por todas partes !

En seguida cogió vivamente el paquete, y deshizo la cubierta, diciendo al mismo tiempo :

— ¡ Dios mio ! ¡ Dios mio ! ¡ si lo hemos buscado, mi hermana y yo ! ¡ usted fué quien le halló ! en el boulevard, ¿ no es verdad ? ¿ debió ser en el boulevard ? Vea usted, esto cayó al suelo, cuando íbamos corriendo. Ese arrapiezo de mi hermana fué quien hizo esta tontería. Al entrar en casa, nos hallamos sin el paquete. Como no teníamos ninguna gana de que nos dieran una buena zurra, porque con esto no se adelantaba nada, una zurra más ó ménos es una cosa enteramente inútil, absolutamente inútil, y á nosotras no nos hace bien ninguno tampoco, dijimos en casa que habíamos llevado las cartas á las personas, y que nos habia dicho : ¡ Nones ! ¡ Y están aquí esta pobres cartas ! ¿ Pero en qué ha conocido us-

ted que eran mias ? ¡ Ah ! ¡ sí, en la letra ? ¿ Conque entónces era usted aquel sugeto con quien tropezámos al pasar corriendo anoche ? ¡ No se veia nada, cá ! Yo dije á mi hermana : ¿ Es ese algun señor ? Y mi hermana me dijo : ¡ Creo que es un señor !

Entre tanto, habia ella desdoblado la súplica dirigida « al señor benéfico de la iglesia de Saint-Jacques-du-Haut Pas. »

— ¡ Toma ! dijo, es la de ese viejo que va á misa. Á propósito, esta es la hora. Voy á llevársela. Quizas nos dará para almorzar.

Despues se echó á reir otra vez, y añadió :

— ¿ Sabe usted lo que hará esto, si hoy almorzamos ? Esto será que haremos nuestro almuerzo de ántes de ayer, nuestra comida de ántes de ayer, nuestro almuerzo de ayer, nuestra comida de ayer, todo junto en una sola vez, esta mañana. ¡ Toma ! ¡ pardiez ! ¡ y si no estáis contentos, reventar y morirse, perros !

Esto hizo que Marius se acordara de lo que la desgraciada venía á buscar á su cuarto.

Se metió la mano en los bolsillos de su chaleco, pero no halló nada.

La joven continuó, y parecia hablar como si no tuviera ya conciencia de que Marius se hallaba allí :

— Á veces, me voy por la noche. Á veces, no entro, paso la noche fuera de casa. Ántes de vivir aquí, el otro invierno, vivíamos bajo los arcos de los puentes. Nos apretábamos unos contra otros, para no helarnos. Mi hermanita lloraba. ¡ El agua ! ¡ qué triste es el agua ! Cuando yo pensaba en ahogarme, decia : No ; está demasiado fria. Yo voy sola siempre que quiero, y á veces duermo en los fosos. Sabe usted, por la noche, cuando voy andando por el boulevard, veo los árboles que parecen grandes horquillas, veo las casas enteramente negras

y altas como las torres de Nuestra-Señora, se me figura que las paredes blancas son el río, y digo para mí: ¡Toma, hay aquí agua! Las estrellas son como candilejas ó lamparillas de iluminación; parece como que echan humo y que el viento las apaga; y yo estoy pasmada, como si tuviera caballos que me soplaran en el oído; aunque sea por la noche, oigo siempre órganos de Berbería y las mecánicas de hilandaría, ¿qué sé yo cuántas cosas oigo? Creo que me tiran piedras, y echo á correr sin saber por dónde y todo da vueltas... da vueltas! Cuando una no ha comido, es muy raro lo que ve.

Y miraba á Marius con ademan irresoluto y la vista extraviada.

Á fuerza de buscar y de profundizar en sus bolsillos Marius acabó por reunir cinco francos y diez y seis sueldos. Era todo cuanto él poseía en aquel momento. — Por de pronto, hé aquí mi comida de hoy; mañana, veremos.

Tomó para sí los diez y seis sueldos, y dió los cinco francos á la jóven.

Ella los cogió, y dijo:

— ¡Bueno! tenemos sol.

Y como si el sol hubiera tenido la propiedad de fundir en su cerebro grandes masas de calor, prosiguió charlando en este grosero lenguaje, y apostrofando y arengando á Marius con corta diferencia, en estos términos:

— ¡Cinco francos! ¡un duro! ¡un monarca reluciente! ¡Soberbio! ¡usted es un buen bedoro y yo le diño mi garlochín! ¡Viva la gente rumbosa! ¡ya tenemos aquí para dos días de buena pitanza! ¡jamaremos buena brinza y piyaremos buen mol y peñascaró á la salud de este camará!

Se subió la camisa, que casi le caía á la cintura, hasta los hombros, hizo un profundo saludo á Marius, en se-

guida un signo familiar con la mano, y se dirigió hácia la puer'a diciendo:

— Buenos dias, señor. De todos modos, voy en busca de mi viejo.

De paso notó que habia sobre la cómoda una corteza de pan muy seca, cubierta de moho y de polvo; la agarró y la dió una tarascada, refunfuñando al mismo tiempo:

— ¡Qué bueno! qué duro! qué rompe bien los dientes! Y se marchó.